

Guerra y Paz

Ellos dicen “Paz”, pero piensan en “Guerra”

Estas palabras del profeta nos vienen a la cabeza a propósito de las noticias que nos llegan sobre la Cumbre de la ONU para la Revisión del Tratado de No Proliferación (TNP) Nuclear celebrada en los primeros días de mayo del presente año.

He aquí algunos titulares de prensa: “La ONU inicia dividida la Cumbre sobre No Proliferación Nuclear”. “El Tratado de No Proliferación queda al borde del fracaso ante el desafío nuclear. Corea del Norte, Irán y el tráfico de materiales son los problemas más urgentes”. “Cofi Annan, Secretario General de la ONU, asegura que la amenaza de una catástrofe nuclear ha vuelto a despertar”. “Jimmy Carter, ex-presidente de Estados Unidos de Norteamérica, señala a su país como principal culpable de la erosión del Tratado de No Proliferación (TNP)”.

No se trata, pues, en esta cumbre, como en otras anteriores, de que los poseedores de semejantes armas de destrucción masiva renuncien a las mismas y se elabore entre todos un programa viable y público para su eliminación total en orden a construir la paz. Se pretende más bien mantener el monopolio u oligopolio de quienes las poseen en la actualidad, que hasta ahora y que sepamos, son –recordémoslos– Estados Unidos, Rusia, China, Reino Unido, Francia, India, Pakistán e Israel. (Terminada la redacción de este editorial llega la noticia de que Corea del Norte posee ya 7 bombas atómicas).

Estos países, con Estados Unidos a la cabeza, se erigen en guardianes armados de la actual situación mundial o statu quo en continuo forcejeo con quienes, para pesar y ser algo en el concierto de las naciones, aspiran a poseer semejantes criminales y mortíferos artilugios.

Situación esta que nada tiene que ver con la paz entre naciones libres e iguales, pues los detentadores de semejante fuerza de disuasión están en condiciones, aunque no en igual medida, de imponer sus intereses y voluntad a los demás, considerados como potenciales enemigos a quienes siempre hay que estar en condiciones de vencer.

Nada tiene, por tanto, de extraño que naciones o regímenes, que se tienen por sometidos, aspiren a liberarse dotándose de los mismos medios de destrucción que los poderosos, y nada tiene de extraño que, a su vez, los poderosos perfeccionen y aumenten su armamento, también el nuclear, en mayor proporción que todos sus posibles enemigos juntos.

Esto es así. Y así lo confirman esos 910.000 millones de dólares a que asciende el presupuesto mundial para armamento; de los cuales el 50% corresponde a Estados Unidos. (Recuérdese de paso que con sólo el 10% de tal cantidad se erradicaría en diez años totalmente la pobreza del mundo).

Pero, volviendo al armamento nuclear, recalquemos la inconsistencia de los razonamientos de quienes lo defienden. Todos afirman –y así consta en el Tratado de No Proliferación– comprometerse a no ser los primeros en utilizarlo; sólo lo harían ante un ataque nuclear del enemigo. Y –decimos nosotros– si todos están comprometidos a no utilizarlo los primeros, quiere decirse que nadie lo va a utilizar nunca, pues, lógicamente, si no hay un primero tampoco va a haber un segundo. Y **si nadie va a utilizar las armas nucleares ¿para qué se quieren? Sencillamente, porque nadie se fía de nadie, nadie cree al otro cuando dice que no va a ser el primero en usarlas. Todos en el fondo se consideran enemigos. He aquí la gran**

mentira sobre la que es imposible construir la paz.

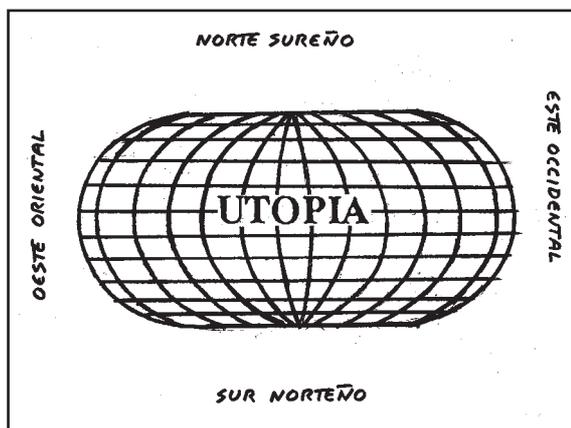
Mentira, por lo demás, que corre pareja con el miedo de quien conoce lo terrible de la amenaza.

No van descaminados quienes interpretan toda la actuación de Estados Unidos en Oriente Próximo como un cerco a China que va emergiendo como potencia mundial, y el Tratado de Libre Comercio de las Américas (ALCA) como un intento de frenar MERCOSUR donde sería hegemónico Brasil, también con capacidad científico-técnica suficiente para producir armamento nuclear.

Ahora bien, **la carrera de armamentos, incluido el nuclear, con toda la carga de tragedia que lleva consigo, remite a otra realidad, a la avaricia de las naciones por apoderarse de los recursos ajenos y preservar los suyos para su disfrute en exclusiva.** Todas las guerras de conquista y de colonización, todos los conflictos entre naciones poderosas, por mucha carga ideológica con que se pretenda enmascarar y por muy buenas intenciones con que determinados individuos e instituciones participaran en semejantes empresas, han tenido por objeto apoderarse de recursos y bienes ajenos, y de forma espectacular y en progresivo aumento a partir del siglo XV; caminando la Historia de imperio en imperio hasta el Imperio Norteamericano de nuestros días.

Recordemos por vía de ejemplo la Conferencia de Berlín de febrero de 1885 para *repartirse África* entre las potencias europeas, o la *Doctrina Monroe*, Presidente de Estados Unidos de 1817 a 1824, que aseguraba a Norteamérica el dominio del resto del continente; con derecho a intervenir, incluso militarmente, en la vida económica y política de todas las naciones, como los acontecimientos posteriores hasta nuestros días han puesto de manifiesto.

(No negamos, ni mucho menos, que esa dinámica de avaricia no haya funcionado al interior de las naciones en enfrentamientos de estamentos y clases; pero simultáneamente —y con frecuencia para paliar los conflictos interiores— la lucha ha sido entre naciones e imperios; arrastrando con frecuencia, a veces hasta con entusiasmo, a las víctimas de la avaricia interior.



Y también somos conscientes de que la avaricia —el beneficio mientras haya pobreza, no digamos ya si la engendra, es avaricia— hoy está perfectamente encarnada en las llamadas empresas transnacionales que operan en muchas naciones al tiempo; pero que, en perfecta simbiosis, aún necesitan ampararse en la fuerza militar de los estados.

En realidad son las mismas élites, conexionadas internacionalmente, quienes implantan las dictaduras, hartas veces ocultas bajo la capa de la democracia, hacia dentro de los países y los imperios hacia fuera de la propia nación.)

Así pues, **en una especie de darwinismo histórico, las naciones sucesivamente hegemónicas han devenido en imperios cada vez mayores hasta éste de Estados Unidos, con pretensiones de mundialidad, de ultimidad y de permanencia.** Busca abarcar el mundo entero, impedir el nacimiento de otros imperios y moldear a su imagen las naciones para así pervivir mediante la aceptación de su cultura. Para todo lo cual necesita que le teman, para que le teman precisa ser el más fuerte, para ser el más fuerte le es imprescindible poseer el mayor y mejor armamento y, en armamento, la última palabra la tiene el nuclear y biológico, al que, por tanto, no puede renunciar so pena de destruir el más firme pilar de su imperio.

La tragedia consiste en que parece ser que la avaricia está instalada en el corazón del hombre y el imperialismo en la sangre de las naciones. Y en esa dinámica ni los países detentadores de las armas nucleares ni los aspirantes a poseerlas se avienen a vivir bajo imperios ajenos, con lo que el miedo y el

armamentismo junto con su correlato, la miseria, sigue aumentando en espiral.

Si los responsables de las naciones fuesen responsables ya habrían comprendido que la lógica de la avaricia hidrópica ya ha desarrollado el imperialismo hasta los límites de la destrucción total. Ya tenemos capacidad para acabar no sólo con todos los hombres sino con el mundo mismo.

De cara al futuro es sencillamente criminal intentar montar nuevos imperialismos que oponer al actual. Mas bien una mínima ética política exige a gritos acabar con éste sin montar otros que lo sustituyan.

Para lo cual en el orden político se impone –lo hemos repetido muchas veces– la creación de una auténtica confederación de naciones (podría ser la ONU convenientemente modificada, y no, ciertamente, según la voluntad de imperio) con una verdadera autoridad mundial con capacidad legislativa y poder coercitivo (podría ser fundamentalmente de tipo económico) sobre todas las naciones. En ella todos los países serían tratados en pie de igualdad y en la que el peso de cada uno vendría más bien del número de sus ciudadanos que de la fuerza económica y militar de que se disponga. Por supuesto que en esta organización mundial que propugnamos debería respetarse a todos los niveles el principio de responsabilidad y subsidiariedad en relación con la cercanía de cada institución a los ciudadanos en su condición de personas.

En el orden socio-económico habría que partir del derecho de todos, sin discriminación alguna, a disponer de los medios materiales y culturales necesarios para vivir conforme a la dignidad de seres humanos. Promover y realizar una equitativa distribución de la riqueza existente es el más sólido fundamento para la paz. Justicia distributiva, pues, también entre naciones y continentes desde la convicción de la igualdad fundamental de toda persona, grupo, pueblo o nación.

Nosotros, con la experiencia en la mano, estamos convencidos de que la llamada clase

política es ciega y sorda a estos gravísimos problemas con que se enfrenta la humanidad. En general, sólo saben trabajar sobre cuestiones inmediatas y de corto alcance, buscando la fácil complacencia de los ciudadanos y ocultándoles la verdadera gravedad de los problemas.

Pero fundamentalmente los políticos se comportan de esa manera por la inexistencia de fuertes movimientos políticos de la ciudadanía que les obligue a abordar los verdaderos problemas de la humanidad. Estamos todos demasiado entretenidos con que nos pongan un semáforo en nuestra esquina (o con asegurarnos los ingresos de los turistas, o con el aumento de competencias de nuestra Comunidad Autónoma) como para caer en la cuenta de que sobre nosotros penden amenazas más serias ¿Quién había pensado que las baratas exportaciones chinas podrían descoyuntar el aparato productivo europeo? ¿Y cómo solucionar éste y otros problemas semejantes si no establecemos la equidad económica a nivel mundial? ¿Basta acaso únicamente con que Estados Unidos prohíba a la UE que le venda armas?

Se impone, desde luego, una verdadera revolución cultural y una revolución ética si queremos construir la paz. Ética y cultura que tengan por objetivo la promoción de los últimos y no el aumento de la riqueza y el bienestar de los poderosos y privilegiados. Ética no exenta de esfuerzos y sacrificios, pero fecunda a largo plazo, frente al inmediato hedonismo placentero que a la larga todo lo pervierte y destruye.

El pueblo, es verdad, no dispone del mando de las legiones que hacen la guerra pero siempre puede desertar de la violencia y la injusticia, aun cargando con las consecuencias de su desertión. Por la fortaleza frente a la violencia y la injusticia que transmiten a sus adeptos los movimientos culturales y las religiones podemos juzgar de su veracidad y autenticidad. La guerra y la violencia desaparecerán cuando religiosa, cultural y socialmente estén desacreditadas y resistidas.